
CONFERENCIA XXVII.

LA CAIDA.

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Antes de terminar nuestra última conferencia, hemos hecho ver, á la vez que el estado glorioso y feliz en que fué criado nuestro primer padre, el abatimiento y las miserias presentes de la humanidad. ¿De dónde ese abatimiento y esas miserias? ¿Acaso Dios, arrepentido de lo hecho y celoso de nuestra perfeccion, ha cerrado la fuente de sus beneficios? No, señores, no. No debemos inculpar á Dios nuestra ruina. Adán perseverando, podia transmitirnos los dones que habia recibido de Dios. Su inmortal gloria debia consistir en ver multiplicarse su santidad y sus prerogativas en toda la posteridad. Mas esta trasmision hubiera sido sin honra si dependiese de las leyes necesarias á que están sometidos los seres sin razon. El hombre debia poner en ello todas sus facultades, y especialmente la que es señora de sus

(1) Su Eminencia el cardenal Guibert, Mons. Beccel, obispo de Vannes, y Mons. Ravinet, antiguo obispo de Troyes.

acciones: el libre albedrío. Hé ahí por qué Dios, después de haber establecido la ley de la propagación, somete á nuestro primer padre y en su persona á todo el género humano, á una prueba que debe fijar el curso de sus destinos. «Come, le dice Dios, de todo árbol del paraíso; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en el día en que comieres, morirás de muerte» (1).

Dos cosas se infieren de esta prohibición: que el hombre es libre, y que Dios es Señor.

El hombre es libre. Si por de pronto no comprende hasta qué punto es dueño de sus destinos, porque sólo atiende á la dulce impresión de la gracia que dirige su voluntad hácia el bien, puede, en presencia del mal, formar conciencia de sus fuerzas y medir el apoyo que es capaz de prestar á su grandeza con una cooperación reflexiva y deliberada.

Dios es Señor. Y para afirmar la dependencia del dominio que él ha concedido, lo restringe con un sacrificio que el hombre está obligado á cumplir. Este es el sacrificio que dará á la bondad divina la señal de una efusión no interrumpida de sus dones, porque por él conocerá el hombre todo lo que Dios es para él y que Dios le ama más que él á sí mismo.

Revelar al hombre su poder; exigir de él una prueba extraordinaria de su obediencia y de su amor; consolidar por esta prueba la unión íntima del Criador y de la criatura; hacer del hombre, revestido de la gloria del merecimiento, el agente de su grandeza y de su felicidad; tal es, señores, el fin de la prueba impuesta á nuestro primer padre.

(1) Præcepit ei dicens: Ex omni ligno paradisi comede; de ligno autem scientiæ boni et mali ne comedas: in quacumque enim die comederis ex eo, morte morieris. (Genes, cap. II, 16, 17.)

¿Cómo la soportó? ¡Ay! demasiado lo sabeis. El rey del mundo cayó, y las resultas de su caída han sido y serán dolorosas hasta el fin de los siglos para todas las generaciones. Pero no nos precipitemos en el estudio de este lamentable suceso. Hoy vamos á considerar de qué manera entró el pecado en el mundo. Esto es todo un drama que es preciso seguir de los cielos á la tierra; pues que aquel punto del universo, que fué cuna de la humanidad, no es más que un segundo teatro donde se continúa una revolución ya comenzada. Prestadme vuestra atención; yo os haré asistir al prólogo, á la acción y al desenlace del grande y triste drama de la caída.

I.

En nuestra conferencia sobre el mundo invisible, apoyados en la palabra de la Escritura, hemos llegado por las inducciones de la razón á las regiones que habitan los espíritus (1). Allí hemos admirado el poder, la ciencia y el amor, bajando como en cascadas armoniosas del seno de Dios á los coros angélicos y agrandándose á medida que ellos se acercan á la familia divina. ¡Qué bellas son las santas jerarquías de que el Criador ha poblado los cielos! ¡Qué admirable su concierto al cantar en las eternidades el sagrado trisagio! Convenía á la gloria de Dios coronar su obra con la creación de los ángeles, como espejos más vivos y resplandecientes de su inimitable bondad, como cantores más nobles y más hábiles de sus perfecciones infinitas.

Ellos han sido criados tan dichosos como bellos, recibiendo su rica naturaleza del mis-

(1) Véase la conferencia décimaquinta: *El Mundo invisible*.

mo acto que les dió el sér, todo su engrandecimiento (1). Sin embargo, no poseen desde el primer instante de su creación, la perfecta y sobrenatural felicidad á que Dios los destina. Llamados á contemplar la esencia divina y á gozar de sus abrazos amorosos, es preciso que ellos mismos merezcan este honor que Dios no debe á ninguna naturaleza criada (2). Es cierto que su poder absoluto podría hacer salir de la nada una criatura perfecta, consumada en gracia y en gloria, en el instante primero de su existencia; pero su divina sabiduría no ha querido dejar á su poder una tan grande libertad, porque es más conveniente y más digno que el sér inteligente, en virtud de una cooperacion deliberada, sea colaborador de su propia grandeza y de su propia felicidad.

El ángel debe, pues, merecer. Por eso le ha dado Dios, al mismo tiempo que la naturaleza, la gracia, principio de todo acto sobrenatural y virtud proporcionada al fin que se trata de alcanzar (3). Y esa gracia ha sido medida según la perfeccion natural del espíritu á quien vivifica: cuanto él es más bello en su origen, tanto más tiene de gracia y de gloria (4). Pero es preciso que se decida, y esto pronto estará hecho. No hay allí dudas ni tardanzas en la resolucion, porque basta que se le proponga el

(1) *Quantum ad beatitudinem quam angelus assequi virtute suae naturae potuit, fuit creatus beatus: quia perfectionem hujusmodi angelus non acquirit per aliquem motum discursivum, sicut homo, sed statim et adest propter suae naturae dignitatem.* (Summ. theol. I p., quaest. 62, a. 1.º) Cf. *Ibid.* quaest. 58, aa. 3 y 4.

(2) Cf. *Summ. theol. I p.*, quaest. 62, a. 4. *Utrum angelus beatus suam beatitudinem meruerit?*

(3) Cf. a. 3. *Utrum angeli sint creati in gratia?*

(4) Cf. *Ibid.* a. 6. *Utrum angeli sint consecuti gratiam et gloriam secundum quantitatem suorum naturalium.*

bien para que inmediatamente lo acepte ó lo rechace de una manera inamovible (1).

Mirad ya á lo alto, señores, y seguid con la vista del alma el rápido movimiento de las jerarquías angélicas. ¿No las veis cómo obedeciendo á manera de relámpago al llamamiento de Dios, entran en apiladas falanges en el cielo de los cielos que se les ha abierto? Ah, no. Una borrasca espantosa estalla de repente á la puerta misma de la eterna bienaventuranza. Uno de los ángeles más bellos, Lucifer, demasiado satisfecho de sí mismo, rehusa las dádivas de Dios (2); su grito de rebelion, resonando en todas las jerarquías, arrastra en pos de él millares de espíritus celestiales. No es su fuerza quien los sujeta, es su hermosura que los arrebató (3). Una gran batalla se empuña en el cielo: *Factum est praelium magnum in caelo*: Miguel con sus ángeles hacen frente á los rebeldes. Nada de armas, nada de estampidos, nada de confusion, nada de sangre en esta lucha gigantesca; una sola palabra decide del éxito del combate: *Michael?* ¿Quién hay semejante á Dios? Esta es la descarga que en un abrir y cerrar de ojos destroza el ejército de los rebeldes y los precipita de las alturas á los abismos eternos (4).

(1) Cf. *Ibid.* a. 5. *Utrum angelus statim post unum actum meriti beatitudinem habuerit?*

(2) Cf. *Summ. theol.*, I p., quaest. 63, a. 7.º *Utrum angelus supremus inter peccatores fuerit supremus inter omnes?*

(3) Cf. *Ibid.* a. 8. *Utrum peccatum primi angeli fuerit alius causa peccandi?*

(4) *Et factum est praelium magnum in caelo; Michael et angeli ejus praelehabantur cum dracone; et draco pugnabat et angeli ejus et non valuerunt, neque locus inventus est eorum amplius in caelo. Et projectus est draco ille magnus, serpens antiquus, qui vocatur diabolus et satanas, qui seducit universum orbem; et projectus est in terram et angeli ejus cum ipso missi sunt.* Apoc. cap. XII, 7, 8, 9.

Quomodo cecidisti de caelo Lucifer qui manē oriebaris (1). ¿Cómo has caído del cielo, tú, Lucifer; tú que alegrabas la aurora de la creación con tus resplandores; tú, que llevabas el sello de la imagen divina, lleno de sabiduría y vestido de hermosura; tú, creado en las delicias del paraíso y colmado de los dones de Dios; tú, tan grande y tan rico; tú, querubín de alas extendidas para proteger el trono del altísimo, perfecto en tus caminos desde el día de tu creación? (2). ¿Cómo has caído? ¿*Quomodo cecidisti?* ¿Acaso Dios, celoso, ha temido la muchedumbre de tus perfecciones y te ha humillado y hollado por asegurar su grandeza? ¿Dejemos estas ilusiones insensatas para aquellos que olvidan que toda belleza creada no es más que un reflejo de la belleza increada, y que nada hay capaz de espantar a aquel ante quien el universo es como si no fuera! ¿Te has imaginado tú a ti mismo una grandeza vana como aquella que tantas veces seduce nuestros débiles espíritus? Pero los fantasmas no tienen lugar en tu pura sustancia, donde la inteligencia se dirige con movimiento recto y firme a la verdad. No te lleva, no, ni la pasión ni la costumbre; tu naturaleza perfecta no conoce estas miserias. El error y la ignorancia son incompatibles con la felicidad en que fuiste creado (3). ¿Cómo has caído? ¿*Quomodo cecidisti?*

(1) Isai. cap. XIV, 12.

(2) Tu signaculum similitudinis, plenus sapientia et perfectus decores in dilectis paradisi fasti... Tu cherub extensus et protegens... Perfectus in viis tuis in die conditionis tuae, donec inventa est iniquitas in te. (Ezech. capitulo XXVIII, 12, 13, 14, 15.)

(3) Ad quartum dicendum, quod peccatum mortale in actu liberi arbitrii contingit esse dupliciter. Uno modo ex hoc quod aliquod malum eligitur: sicut homo peccat eligendo adulterium quod secundum se est malum. Et tale peccatum semper procedit ex aliqua ignorantia vel errore: alioquin id quod est malum non eligeretur ut bonum. Errat quidem adalter in particulari, eli-

Difícil nos es, señores, responder a esta pregunta, porque nuestra naturaleza mixta apenas puede darnos a entender los actos angélicos. Sin embargo, ello es cierto que los ángeles pecaron. «En las santas jerarquías se han hallado malvados, dice la Escritura, que no han querido conservarse en la verdad (1). Dios ha visto su iniquidad y no los ha excusado (2). Todo el que peca, sigue el partido del diablo; porque el diablo ha pecado desde el principio» (3). El ha pecado como pecar pueden los espíritus. Los bienes groseros que fascinan nuestros sentidos no podían tener para él ningún atractivo. Sólo en el orgullo pudo hallar su ruina (4), y este orgullo ha venido a ser la

gens hanc delectationem inordinati actus, quasi aliquid bonum ad nunc agendum propter inclinationem passionis aut habitus etiam in universali non erret, sed veram de hoc sententiam teneat. Hoc autem modo in Angelo peccatum esse non potuit, quia nec in angelis sunt passionis quibus ratio aut intellectus ligetur, ut ex supradictis patet (q. 59, a. 4): nec iterum primum habitus praecedere potuit ad peccatum inclinans. Alio modo contingit peccare per liberum arbitrium, eligendo aliquid quod secundum se est bonum, sed non cum ordine debitae mensurae aut regulae: ita quod defectus inducens peccatum sit solum ex parte electionis qua non habet debitum ordinem nisi ex parte reiectae sicut si aliquis eligeret orare, non attendens ad ordinem ad Ecclesiae institutum. Et huiusmodi peccatum non praevigil ignorantiam sed absentiam solum considerationis eorum quae considerari debent. Et hoc modo Angelus peccavit convertendo se per liberum arbitrium ad proprium bonum absque ordine ad regulam divinae voluntatis. (Summ. theol. I p., quaest. 63 a. 1.º ad 4.)

(1) Diabolus in veritate non stetit (Joann. cap. VIII, 44.)

(2) In angelis reperit pravitatem (Job. cap. IV, 18), Deus angelis peccantibus non peperit. (II, Petri, cap. II, 4.)

(3) Qui facit peccatum in diabolo est, quoniam ab initio diabolus peccat. (Joann. cap. III, 8.)

(4) Illa saltem peccata in angelis esse possunt, ad quae contingit affici spirituales naturam. Spirituales autem naturam afficit non contingit ad bona quae sunt propria corpori, sed ad ea quae in rebus spiritualibus inveniri possunt. Nihil enim afficitur nisi ad id quod suae naturae potest esse quodammodo conveniens. In spiritualibus autem bonis non potest esse peccatum, dum

fuenta maldita de toda iniquidad: *Initium omnis peccati superbia* (1). El se ha dejado seducir de su propia hermosura (2). Yo subiré, exclama este soberbio, y seré semejante al Altísimo (3). *Ascendam et similis ero Altissimo*. ¿Ha creído él realmente que podía igualarse á la infinita majestad de Dios? No. Este luminoso espíritu sabia muy bien que su sér finito, aunque creciese por toda la eternidad, jamás sería igual al infinito (4). Pero protestando malignamente contra el orden establecido, ha comenzado la larga é interminable série de esos orgullosos naturalistas que repudian sus destinos sobrenaturales y no atienden más que al desarrollo de su naturaleza, ó que osan aspirar á la felicidad suprema de ver á Dios, sin contar para llegar á este término sublime más que con sus propias fuerzas. En una palabra, Lucifer no ha querido tener la felicidad más que de sí mismo, lo cual es propiedad de sólo Dios (5).

Hé ahí su primer crimen: el orgullo. La en-

aliquis ad ea afficitur nisi per hoc quod in tali affecta superioris regula non servatur. Et hoc est peccatum superbia, non subdi superiori in eo quod debet. Unde peccatum primum angeli non potest esse aliud quam superbia. (Summ. theol. I p. quaest. 63, a. 2.)

(1) Ezech., cap. X, 15.

(2) Elevatum est cor tuum in decore tuo (Ezech., cap. XVIII, 17).

(3) Isai., cap. XIV, 13.—Judicium et ruina diaboli nulli dubium quin arrogancia sit. (Hieronym., Epist. 25.)

(4) Cf. Summ. theol. I p. quaest. t. 63 a. 3. ¿Utrum diabolus appetit esse ut Deus?

(5) In hoc appetit indebito esse similis Deo, quia appetit ut finem ultimum beatitudinis id ad quod virtute suae naturae poterat pervenire: avertens suum appetitum á beatitudine supernaturali, quae est ex gratia Dei. Et hoc consonat dictis Anselmi qui dicit quod appetit illud, ad quod pervenisset, si stetit. Et haec duo quodammodo in idem redeunt: quia secundum utrumque appetit finalem beatitudinem per suam virtutem habere quod est proprium. (Summ. Theol. I p. q. 63, a. 3.)

vidia le sigue despues (1). Dios, dice el Apóstol, al introducir á su unigénito Hijo en el mundo, ordenó por segunda vez que los ángeles le adorasen. *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrae, dicit: Et adorent eum omnes angeli ejus* (2). Esta voz segunda supone otra primera. Por eso podemos creer con algunos santos doctores y eminentes teólogos que el plan total de la creacion fué desde un principio revelado á los ángeles, que en él vieron al Verbo encarnado y que Dios les pidió un cántico de adoracion para este gran predestinado. Innumerables voces resonaron al momento entonando al Verbo hecho carne una *aleluya* festiva; pero aquellos que el orgullo habia pervertido ardieron en mortal ira contra la naturaleza humana, y prorumpieron en murmullos. ¡Oh! esplendor del Padre, dijeron ellos, espejo inalterable y viviente de la sustancia divina, ¿por qué envileceste? Si quieres unirse á la criatura, únete á nuestra luminosa y pura esencia, y no te vayas á arrastrar por inmundo lodo, pues que de otra suerte sufrirás los desprecios de nuestra grandeza. Y el Verbo pronunciando sobre ellos terrible sentencia, les respondió: Apartaos, malditos: *Ite, maledicti*.

No hagáis cálculos, señores, para saber cuánto tiempo duró el misterioso y trágico acontecimiento que os refiero. Mi relacion demasiado proliza no puede pintar la rapidez con que se han sucedido los actos divinos y angélicos. Propuestas y revelaciones de Dios, rebeliones del orgullo y de la envidia, juicio, sen-

(1) Post peccatum superbiae consecutum est in angelo peccante malum invidiae, secundum quod de bono hominis doluit; et etiam de excellentia divina, secundum quod, eo Deus contra voluntatem diaboli ipsius utitur in gloriam divinitatis. (Ibid., a. 2.)

(2) Ad. Haeb., cap. I, 6.

tencia, maldición, combate de los espíritus fieles con los rebeldes, victoria, derrota, eterno destierro de las falanges reprobadas, todo se obró en un instante (1).

Caido há esa raza soberbia, y rodando va todavía de abismo en abismo, siempre maldita, siempre herida de la mano vengadora de Dios, contra la cual se levanta ella en aborrecimiento cruel y en orgullo insensato (2). Ella conserva íntegra su bella naturaleza con sus luces y poder (3), y esto es precisamente lo que le desespera, pues que tanto más humillada y avergonzada se ve en su infortunio, cuanto es mayor su nobleza. La gracia no la ilumina, pero aun así conoce demasiado su caída (4). Ella padece por verse privada de la felicidad que buscaba con un ardor desarreglado; padece por ver que los ángeles, sus antiguos hermanos, jamás podrán pecar ni perder su bienaventuranza (5); pero esto no puede convertir su dolor en arrepentimiento; tanto se ha obstinado en el mal su voluntad para siempre inflexible! Al mal se han vuelto todos sus dones y en el mal permanece su obstinación, semejante á esos animales cuyo diente penetrante y cruel se hunde tan profundamente en la presa, que lo mismo es cogerla que despeda-

(1) Cf. Summ. theol., I. p., quaest. 63, a. 3. Utrum aliqua mora fuerit inter creationem et lapsum angeli?

(2) Superbia coram qui, oderunt te, ascendit semper. (Psalm. LXXIII.)

(3) Propter simplicitatem suae substantiae á natura angeli aliquid subtrahinon potest... Ideo dona naturalia in eis integrantur. (Summ. theol., I. p., quaest. 64, a. 1.)

(4) Cognitio, quae est per gratiam in speculatione consistens, non est angelis totaliter ablata, sed diminuta... Cognitione vero quae est affectiva producens Dei amorem et proprie pertinet ad donum sapientiae sunt totaliter privati sicut et charitate. (Ibid.)

(5) Cf. Ibid., a. 3. Utrum dolor sit in demonibus?

zarla (1). Incapaz de hallar la dicha en la paz, corre tras las falsas complacencias de la venganza, ó ejerce la espantable fuerza de su naturaleza sobre los espíritus y sobre los cuerpos.

Venganza contra Dios, á quien intenta arrebatar las adoraciones de la criatura oponiéndose á su omnipotencia por la seducción (2); venganza contra los ángeles leales cuyo gobierno y protección contraría, perturbando la naturaleza y engañando las almas: venganza sobre todo, contra el hombre llamado á ocupar los tronos que ella ha dejado en el cielo, induciéndole al mal para arrastrarlo consigo en la eterna desventura (3).

Esta venganza bien sé que hace sonreír á los espíritus fuertes que creen haber aniquilado á los demonios; bajo el peso de una vanidosa poesía. Pero si ellos al negar la existencia y la acción de los espíritus malos, creen haber hallado una novedad, se equivocan grandemente. Los epicúreos del judaísmo y del politeísmo les han precedido mucho tiempo antes. Y si los sarcasmos de estos han hecho muy leves huellas en la creencia del género humano, es de creer que los soberbios desprecios de nuestros contemporáneos no alcanzarán mejor fortuna. La tradición existe, y es su autoridad demasiado imponente para que no sea estimada en más que las burlas de los que la rechazan. Nosotros ya hemos demostrado, señores, la existencia de los espíritus: sobre esta verdad la razón habla lo mismo que la fé. Pues si los espíritus existen, ¿se

(1) Cf. Ibid., a. 2. Utrum voluntas daemonis sit obstinata in malo?

(2) Cf. Ibid., quaest. 102, a. 4. Utrum daemones possint homines seducere per aliqua miracula?

(3) Cf. Ibid., a. 1. Utrum homines impugnentur a demonibus? a. 2. Utrum tentare sit proprium diaboli?

podrá negar su libertad? Y si son libres, ¿por qué no se ha de creer su caída? Y si hay espíritus reprobados, ¿por qué no han de usar de su poder malféfico? ¿No es prueba de este poder el que los pueblos seducidos y amodrentados, los hayan adorado bajo los nombres de divinidades crueles, funestas, sin piedad: *diræ, infaustæ immanesque deitales*; y que los filósofos más sensatos hayan confesado su existencia y descrito su influencia en el mundo? ¿Y el mismo San Pablo no está acorde con la historia religiosa de todos los pueblos, y con el génio de los Platones y Aristóteles, cuando nos dice: «Nuestra lucha no es únicamente contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los reyes invisibles de este mundo tenebroso, contra los espíritus de iniquidad extendidos por el aire?» (1).

Vosotros, señores, no sabéis explicaros las hostilidades de los demonios contra el hombre ignorante de su malignidad: ¿pero, sabéis bien, por qué el malo es enemigo de todo aquel que no se le parezca? El quiere atajar la virtud antes que la virtud sepa despreciarlo; él procura sorprenderla; la arma lazos; la persigue hasta verla caer, y si no puede pervertirla y corromperla, se esfuerza á lo ménos por hacerla sufrir. Preguntad á vuestras conciencias, penetrad hasta la raíz de las faltas que han deshonrado vuestra vida, y fácil os será descubrir, antes que una belleza que os ha seducido, la tentación de un malvado, envidioso de las glorias de vuestra inocencia; de un mal-

(1) Non est nobis dollicitatio adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiae in caelestibus. (Ephes. cap. VI. 12.)

Cf. Introducción al dogma católico. conferencia vigésimacuarta. Del discernimiento de los milagros.—Prestigios diabólicos.

vado que, con lisonjas, promesas ó amenazas, os ha inducido al pecado, únicamente por el placer de veros semejantes á él. Este malvado no es más que el instrumento de los espíritus infernales, cuyos asaltos permite Dios para dar más solemnidad á la prueba, y más gloria á los triunfos de la virtud.

La caída de las virtudes celestes podía no ser en el principio de las cosas más que una sombra providencial destinada á hacer resaltar los esplendores de nuestra fidelidad. Mas, por desventura, ha venido á ser el prólogo del drama de nuestra ruina. Tiempo es de entrar en la acción de este drama, y seguir paso á paso sus peripecias.

II.

Hemos contemplado al primer hombre adornado de sus privilegios y colmado de las delicias del Eden, donde goza de las comunicaciones de Dios y conversa con los ángeles. Pero, según está dispuesto en el plan divino, una vez dividido por el pecado el mundo de los espíritus, cuya misión es obrar sobre los seres inferiores, el hombre tiene que sufrir por necesidad sus influencias en sentidos contrarios. Al paso que los ángeles buenos sostienen su marcha y afirman sus pasos en el camino de la felicidad eterna, donde será consumada su perfección, los ángeles malos maquinan su pérdida y preparan asechanzas. No es esto mal querer de parte de Dios, pues que ninguna criatura, por poderosa que sea, es capaz de perjudicar al rey del mundo contra su voluntad. Siempre tiene el poder de resistir, y este poder más fuerte entonces que ahora, debía, según los designios de Dios, acrecentar con la victoria los méritos de nuestro primer padre

y su grandeza (1). No os extrañéis de ver entrar en la escena al ángel caído; la Providencia lo llama, y su propia perversidad lo incita.

Ya se acerca; pero ¿en qué forma? «*Sed et serpens erat callidior cunctis animantibus terrae, quae fecerat Dominus*» (2). La serpiente, dice el Génesis, era la más astuta de cuantos animales había hecho el Señor. «¿Ha abatido verdaderamente el espíritu maligno su naturaleza tan bella aun en medio de su crimen é infortunio, hasta el punto de tomar el cuerpo de un animal? ¿Por qué no? Acostumbrados nuestros primeros padres á comunicarse con el mundo invisible bajo el velo de diferentes figuras, nada les podía extrañar; y asegurada, por otra parte, su alma contra las sugestiones interiores del demonio, era necesario que éste se les apareciese exteriormente (3). Si hubiese manifestado su presencia en una aparición conforme á su naturaleza afeada, y á su triste belleza herida por los rayos del cielo, aquellos á quienes quería sorprender, hubieran

(1) Divina sapientia disponit omnia suaviter (ut dicitur sapient. octavo) in quantum scilicet sua providentia singulis attribuit, quae eis, competunt secundum suam naturam: quia (ut dicit Dion. quarto capite de divinis nom.) Providentiae non est naturam corrumpere sed salvare. Hoc autem pertinet ad conditionem humanae naturae ut ab aliis creaturis juvari vel impediari possit. Unde conveniens fuit ut Deus hominem in statu innocentiae et tentari permitteret per angelos malos et juvari cum faceret per bonos. Ex speciali beneficio gratiae hoc erat si collatum ut nulla creatura exterior, ei posset nocere contra propriam voluntatem per quam etiam tentationis demonis resistere poterat. (Summ. theol. II.º II.º p. quaest. 165, a. 1.)

(2) Genes. cap. III, 1.

(3) Suggestio, qua spiritaliter diabolus homini aliquid suggerit, ostendit diabolum plus habere potestatis in homine, quam suggestio exterior, quae per suggestionem interiozem immutatur a diabolo saltem hominis phantasia sed per suggestionem exteriorem immutatur sola exterior creatura. Diabolus autem minimam potestatem habebat in homine ante peccatum. Et ideo non potuit cum interiori suggestione sed solum exteriori tentare. (Summ. Theol., I.º II, p. q. 165, a. 2.)

descubierto á su enemigo. No obstante; si á pesar de la precision y autoridad del texto no quereis ver en esta escena más que un símbolo, por lo ménos reconocido la profunda habilidad del enemigo del género humano. El busca rodeos, se hace pequeño, se arrastra, serpentea: esta es la marcha natural del malvado.

Si el malvado descubriera al momento su alma páfida y sus funestos proyectos, irritaria el decoro y se expondria á la vergüenza de una pronta repulsa. Sólo insinuándose por medio del engaño puede prolongar sus atentados y asegurar el éxito. Todo miente en él; su vista, su voz, sus palabras. El engaña los ojos, los oídos, el corazón; él es á la vez caricia y veneno. Vosotros mismos, señores, habeis encontrado esta serpiente en vuestra vida privada y en vuestra vida pública. Serpientes son los falsos amigos, que se han ingerido en vuestras afecciones para mejor lisonjear vuestras altas tendencias y obtener de vuestra debilidad una apostasia de la virtud. Serpientes, los aspirantes al poder que se arrastran á los piés del pueblo, captan su confianza imbécil con vanas promesas, lo incitan á la revolucion y á las catástrofes, con el fin de llegar á su tiempo á la cumbre de la fortuna sobre las ruinas hechas á costa del honor y de la sangre. Hay tantas serpientes en el origen de vuestras caldas privadas y sociales, que nada extraño me parece ver una causando la caída de nuestros primeros padres.

Mirad, os ruego, su direccion. No se presenta al hombre sino á la mujer, porque sabe que es de débil fuerza (1). *Dixit ad mulierem.*

(1) In actu tentationis diabolus erat ut principale agens, sed mulier assu-mebatur quasi instrumentum tentationis ad delectandum virum: tum quia mulier erat infirmior viro, unde magis seduci poterat; tum etiam propter con-

Ménos inteligente que el hombre, la mujer puede hacerse más fácilmente vana y orgullosa. Formada de la sustancia misma del hombre, ha adquirido un misterioso poder del cual puede ella servirse para el mal, como para el bien. Ella ama, ella se siente amada; y esto es demasiado para que abrigue la esperanza de una condescendencia que tarde ó temprano asegura el triunfo de su voluntad. Dichoso el hombre cuya mujer piadosa hace sentir en el hogar doméstico el dulce imperio de su amor. Si llevado de sus pasiones se dispone á abandonar el camino del deber, pronto una respetuosa ternura le contendrá. Si en una hora de olvido le desatiende, no le faltará, para volver en si una palabra, una mirada, una lágrima de aquella que le es querida. ¡Ah! ¿qué bien han comprendido los enemigos de Dios este poder de la mujer! Ellos quisieran valerse de ella para acelerar la completa destrucción del resto de nuestras virtudes cristianas, y de nuestras creencias religiosas. Este es el secreto de ese rabioso coraje con que persiguen todo lo que representa entre nosotros la influencia divina, y de la obstinacion con que trabajan por secularizar la educacion de la mujer. Desgraciado el hombre si algun día lo consiguen. No solamente no le detendrá jamás en la pendiente de la más abominable corrupción, sino que arrastrado por la misma que lo podía detener, se precipitará más rápida é irremediamente en el abismo. Pervertir á la mujer, es la obra diabólica por excelencia.

Satanás sabia bien su oficio de corruptor. Se dirige, pues, á la mujer: *Dixit ad mulierem.* ¿Por qué, dice él, ós ha mandado Dios que no

junctionem ejus ad virum, maxime per eam diabolus poterat virum seducere.
(Samm. theol. II p. quæst. 165 a. 2. ad 1.).

comiérais de todo árbol del paraíso? (1). ¿Por qué? pregunta: este es el modo más seguro de tentar á un alma. Una contradiccion franca escandalizaria la virginidad de la fe; es preciso prepararla por los grados enervantes de la duda. Muy bien se ha dicho, señores, que «la interrogacion es el arte de poner en cuestion lo que es» (2). Pero ¿qué podrá ponerse en cuestion á un alma en quien aún resuena la palabra del cielo? ¿El derecho radical de Dios á mandar ó prohibir? Esto es imposible. Nosotros mismos, por poco que conservemos de buen sentido en nuestros desvarios, jamás osamos poner en cuestion la suprema autoridad de Dios. Más bien nos persuadimos que nos engañan, y que nuestra misma conciencia, condenando el objeto hácia el cual se mueven nuestros apetitos, va más lejos que la voluntad divina. ¿Cómo la madre del género humano, más perfecta que nosotros, podrá padecer un error, ni aun sombra de duda, sobre una verdad de esta importancia? No es, pues, la autoridad de Dios lo que Satanás pone en cuestion en ese *por qué*; hé aqui el objeto de la prueba. Él no lo nombra, como si fuese indigno de llamar la atencion, pero se adivina; sobre él pesa la pregunta que se puede traducir así: ¿Es justa la prohibicion que os ha impuesto Dios de no comer del árbol del bien y del mal? Efectivamente, señores, el árbol de la prueba parece á primera vista un juego inconveniente de la omnipotencia divina. Creo que más de una vez os habreis escandalizado de esto, no negando como han hecho algunos, la historia toda de la caída, á causa de esta sola circunstancia, sino despreciando los intérpretes que se atie-

(1) Genes. cap. III, 1.

(2) Lacordaire, conferencia sexagésima tercera: *De la caída.*

nen á la letra de la narracion biblica, y buscando en la misma corteza del árbol de la ciencia, yo no sé qué pecado vergonzoso que nadie osa nombrar. *Ilusiones* vanas de la imaginacion, que fácilmente se os pueden dispensar.

Considerad la persona del hombre. ¿Es espíritu? Si. ¿Es cuerpo? Si. ¿El espíritu y el cuerpo obran separadamente en él? No. El hombre, espíritu y cuerpo, une inseparablemente en todas sus operaciones los dos elementos de su naturaleza, y siente la necesidad de figurarse por signos lo que en él hay de más inmaterial: el pensamiento, los sentimientos, el deber. Es preciso, pues, si es que ha de ser probado, que la prueba afecte á toda su naturaleza, y consiguientemente que haya en el objeto de esta prueba un signo que hable á los sentidos y represente al espíritu la autoridad de una voluntad superior que manda. Poco importa que este signo sea cosa grande ó pequeña con tal que exprese una idea digna de Dios. ¿Atendeis acaso á la materia ó á la forma ó al color de la cerca ó muro que cierra un campo? Que sea de madera ó de piedra, redondo ó cuadrado, blanco ó negro, nada os importan estos detalles pueriles, y sólo veis allí el derecho del propietario y la santa majestad de la ley. Libraos de violarlos, si no quereis oír las amenazas de la justicia.

Vosotros respetais un madero muerto, ¿qué digo respetais? lo adorais. El tronco de un árbol seco que hallaron un día los soldados romanos, al cual añadieron otro palo atravesado para enclavar en él al hombre que los tribunales civiles y religiosos acababan de condenar, vosotros lo llamais la cruz santa, veneranda y preciosa. *Cruz sancta, cruz veneranda, cruz pretiosa*; el estandarte del rey de reyes: *Vexi-*

lla regis; vosotros lo saludais con amor y gratitud, y si os dan una partecita de él la guardais entre oro y plata, y la acercais temblando á vuestros labios y á vuestro corazón. Y sin embargo, nada más vil que este árbol. Si lo hubieran dado á un pobre antes que Jesús de Nazaret hubiera muerto en él, acaso no lo utilizara ni para una viga de su cabaña. ¿Cuál es, pues, señores, el misterio de vuestros homenajes? ¡Ah! no van ellos enderezados al leño, sino á la sangre que en ese leño fué derramada, y al amor infinito que encierra esa sangre. Vosotros adorais la cruz, porque Jesús, verdadero hijo de Dios, muriendo por nuestra salvacion, ha puesto en ella todo su amor. Pues bien; el árbol de la prueba es análogo al árbol de la cruz, con la diferencia de que el árbol de la cruz es un madero muerto, mientras que el árbol de la prueba es un madero viviente y fértil. Plantado en medio del paraíso, absorbe por sus raices las olas de los rios sagrados, lanza hácia el cielo su copa y deja caer de sus ramas cargadas, magníficos y deliciosos frutos que contienen de una manera misteriosa el germen de la culpa. Algo grande y temible hay aquí. El leño muerto y el leño vivo son los dos signos de Dios. En el uno ha infiltrado, al espirar, su incommensurable misericordia; en el otro, ha querido expresar con un mandato su autoridad sin limites. Si con mano profana y sacrilega tocáis el árbol de salud, ofendeis el amor de Dios redentor. Si con mano temeraria cogéis el fruto del árbol de la prueba, ofendeis la majestad santísima de Dios, dueño y señor de todas las cosas. ¡Yo te saludo, árbol del paraíso! Esos á quienes tú escandalizas, no tienen ojos para ver. El cristiano venera en ti al padre del árbol sagrado del Gólgota. Leño viviente, tú nos has dado la muerte á fin de que el leño muerto nos diese la vida. ¿Y quién

sabe si la cruz habrá salido de tus mismos vástagos? (1).

Eva ha comprendido la alta significacion del árbol de la ciencia, y no cede á la tentacion del desprecio. Reconociendo la autoridad y sabiduria del Criador en su mandamiento, responde ingénuamente al tentador: «Nosotros comemos de todos los frutos del paraíso: *De fructu lignorum qui sunt in paradiso vescimur*, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso nos mandó el Señor que no comiéramos ni lo tocáramos, no sea que muramos: *De fructu vero ligni quod est in medio paradisi, praecepit nobis Deus ne comederemus et ne tangeremus illud, ne forte moriamur* (2). No sea que muramos, responde. No dudaba ella de la veracidad de Dios, sino que ignoraba hasta cierto punto lo que era la muerte, y si esta pena era irremisible. El demonio se aprovecha de esta incertidumbre, y haciendo caso omiso del objeto de la prueba, niega abiertamente su sancion: *Nequaquam morte moriemini* (3). «Nada de eso, vosotros no morireis.» Para nuestros débiles espiritus, la negacion franca y absoluta es una potencia; por poco que ella encuentre de favorable en los apetitos inferiores, pronto trastorna las más solidas verdades. Pero una inteligencia como la de nuestros primeros padres, firme, esclarecida, dueña de si misma, no se deja vencer tan fácilmente. Siempre le repugna la negacion de las cosas contrarias á sus firmes creencias. El espiritu de mentira que presentia esto, sin esperar por la respuesta, que sin duda seria la fuga

(1) Cf. Summ. Theol. II^o II, p. quest. 165. *Utrum fuerit convaniens modus et ordo primae tentationis?*
(2) Genes. cap. III. v. 3.
(3) Genes. cap. III. v. 4.

de la mujer espantada, la hostiga con más instancia: «No morireis, dice él; sabe muy bien Dios que el día que comiereis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses conociendo el bien y el mal: *Sciú enim Deus quod in quocumque die comederetis ex eo, aperientur oculi vestri, et eritis sicut dii scientes bonum et malum* (1).

Satanás se acuerda que la jactancia de su propia excelencia le ha hecho caer del cielo, y comprende que este es el blanco á donde debe dirigir sus ataques para perder á una criatura perfecta. Su último asalto está dado; esperando queda. Mas ¡ay! que la engañosa promesa, seréis como dioses, ha causado impresion: el orgullo se levanta en el alma inocente de nuestra madre (2). Prendada de las bellezas interiores que antes sólo habia mirado con ojos de humilde reconocimiento, olvida que las palabras del enemigo son una acusacion maligna de envidia y de dolo lanzada contra Dios; y por más que no abriga la necia esperanza de igualarse á su Criador (3), cree que va á hallar en si misma la fuente de toda verdad, la ley de la vida, los secretos del porvenir y la facultad de conseguir la bienaventuranza suprema por virtud de su propia naturaleza (4).

(1) *Ibid.* 5.
(2) Cf. Summ. Theol. 2^o 2^o p. q. 163, a. 1. *Utrum primi hominis peccatum fuerit superbia?*
(3) Similitudinem aequiparantiae ad Deum primi parentes non appetierunt, quia talis similitudo ad Deum non cadit in apprehensione, praecipue sapientis. (*Ibid.* a. 2.)
(4) Primus homo peccavit principaliter appetendo similitudinem Dei quantum ad scientiam boni et mali, sicut serpens ei suggestit: ut scilicet per virtutem propriae naturae determinaret sibi quid esset bonum, et quid malum ad agendum; vel etiam ut seipsum praecognosceret quid sibi boni vel mali esset futurum. Et secundario peccavit appetendo similitudinem Dei quantum ad

Acaso me diréis, señores, que allí hubo un increíble desatino, y sin embargo vosotros mismos, ¡oh hijos de Eva! vosotros mismos habeis incurrido en él. La palabra del ángel caído ha atravesado los siglos levantando por todas partes tempestades de soberbia: ella ha agitado todas las naciones, y ha agitado á la nuestra, más frecuente que ninguna otra en revueltas inmensas. Filósofos, sábios, políticos, grandes, pequeños, todos han sido mordidos de esa tarántula diabólica:—seréis como dioses.— Este, confunde sistemáticamente todos los séres en una sola sustancia, con el fin de que todos puedan participar de lo infinito. Aquel, quiere que la razon rechace la inspiracion y asistencia de un espíritu superior, y haga salir indefinidamente de su propio fondo, todos los conocimientos con que pueda construir en su dia la sintesis de la verdad. El sabio se imagina que va á sorprender los secretos del universo, dominar las fuerzas de la naturaleza, y someterlas á su voluntad, despues de haberlas sujetado á sus cálculos. Los hombres de poder no piensan más que en su derecho, y pretenden gobernar las conciencias á la manera que administran los negocios públicos. Y los mismos pueblos, cansados de la honrosa modestia de una vida laboriosa, y halagados por los pontífices de la revolucion, esperan llegar á ser dueños absolutos de sus destinos. En una palabra, señores, no querer hallar más que en sí y por sí lo que se debe creer y se debe obrar para ser dichosos y perfectos ¡no es esto la locura de nuestro orgullo? *Eritis sicut dii scientes bonum et malum.* Tras el crimen está el cas-

proprium potestatem operandi: ut scilicet virtute propriae naturae operaretur ad beatitudinem consequendum. Unde Aug. dicit (II *Super. Gen. ad litteram*) quod menti mulieris iderat amor propriae potestatis. (Ibid.)

tigo. Queremos engrandecernos, pero nuestra razon debilitada por sus excesos no sabe imponerse á los apetitos groseros, y de ahí viene que caigamos afrentosamente en el fango del materialismo.

La mujer pecadora es el tipo de esta decadencia. Antes que ella hubiera consentido en las sugerencias del orgullo, los castos placeres del espíritu la hacian olvidar los placeres de los sentidos. Semejante á esas bestias fieras que huyen al despuntar el dia, así huyen de la luz de una inteligencia perfecta las pasiones viles, quedándose adormecidas en una oscuridad misteriosa. Tan pronto como los vapores de la soberbia han envuelto entre sombras la razon, ellas se reaniman y corren á buscar su pábulo. «La mujer miró la fruta, vió que era deleitable al gusto, y hermosa á los ojos: *Vidit igitur mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis, aspectuque delectabile.* » Y cogió y comió. *Tulit de fructu illius et comedit*» (1). Todo se acabó para ella; la caída está consumada. ¡Infeliz mujer!

¡Infeliz mujer! ¡pero aún más infeliz humanidad! La victoria de la serpiente es un hecho sin trascendencia. mientras el jefe del género humano no sucumba, porque él es quien entraña en su sér el gérmen activo que ha de dar vida á las generaciones (2). No es el ángel caído el que lo acometerá: por hábiles que sean sus metamorfosis, no será fácil que engañen al

(1) Genes. cap. III, 6.

(2) Manifestum est autem secundum doctrinam philosophorum, quod principium activum in generatione est a patre; materiam autem mater ministrat. Unde peccatum originale non contrahitur á matre sed á patre. Et secundum hoc si Adam non peccasset, Eva peccasset, filii originale peccatum non contraherent: e converso autem esset, si Adam peccasset et Eva non. (Summ. Theol. I^o II p. quæst. 81. a. 5.)

hombre rey. Otra prueba más delicada se le reserva. El hueso de sus huesos, la carne de su carne, la hija de su propia vida, su misma compañera tan amada hará con él el oficio de tentador. Dios permite este agravamiento del pecado de la mujer, porque quiere sondear el corazón de nuestro padre, y obtener de él a costa de sus beneficios el sacrificio del más grande de los amores terrenos por el eterno amor. Adán, prendado de la belleza de su esposa, la ha querido desde el primer instante, cuanto jamás un hombre pudo querer a una mujer. En el corazón de ella, ha puesto su corazón desde que la vio y le dió la mano. Ambos á dos no tienen más que una misma vida, y hé aqui que es preciso separarse. ¡Animo, padre! Prestad oídos al clamor de vuestra posteridad: romped esos lazos que no pueden ménos de seros funestos. El Todopoderoso sabrá muy bien enviaros otro sueño, y formar de vuestra carne otra esposa digna de vuestra grande alma. Así hablan el deber y la gracia... Pero escuchad, señores, lo que nos dice la Escritura. «La mujer ofreció la fruta á su marido, y éste comió: *Deditque viro suo qui comedit* (1). ¡Qué terrible concisión! Sólo se cuenta el hecho fatal; todos los pormenores se pasan en silencio. Es fácil, sin embargo, adivinarlos. La voz del deber y de la gracia fué ménos atendida que las promesas de Satanás, traducidas por las caricias, las tiernas miradas y las dulces palabras de una mujer amada. Adán se dejó infatuar, como la primera víctima del ángel caído, de la esperanza de ser semejante á Dios, y se solazó sin duda de poder asociarse á la mujer amada en su nueva grandeza. Su tierno afecto disminuyó la falta que Eva había come-

(1) Genes. cap. III, 6.

tido con mayor orgullo (1), pero al mismo tiempo él la agravó con todo el peso de su más perfecto conocimiento y de su responsabilidad (2). Adán ha caído, ahora sí que podemos exclamar: ¡Infeliz humanidad!

III.

«Apenas Adán, vencido del orgullo y del amor mundano, hubo comido de la fruta prohibida, la tierra se estremeció hasta lo profundo de sus entrañas; la naturaleza, pesarosa ya de la falta de Eva, exhaló un segundo gemido; el cielo se oscureció, estalló el rayo, y gruesas gotas á manera de tristes lágrimas cayeron sobre la tierra deshonrada» (3). Así es, señores, como Milton anuncia el desenlace del drama funesto, cuyas peripecias acabáis de ver. Corto es el desenlace, ¡pero cuántos desastres á la vez! La amenaza de Dios se cumple, y en un momento llegan á comprender nuestros primeros padres el misterioso énfasis de esta palabra divina: *Morte morietini*.

Muerta la gracia que vivificaba su naturaleza, y la inundaba de las luces del cielo; muertos los resplandores de esa bella inteligencia, que veía sin sombra la verdad y el bien, y dirigía tan soberanamente todas las facultades del

(1) *Quantum ad speciem superbie gravius peccavit mulier.* (Summ. Theol. II^o II, quæst. 163, a. 4.) Adán in peccatum consentit amicitiam quam benevolentiam, qua plerumque fit ut offendatur Deus, ne homo ex amico fiat inimicus quod eum facere non debuisset divinæ sententiæ justus exitus indicavit. (Agust., Lib. XI de *Genesi ad litteram* cap. ultim. a. med.)

(2) Si consideremus conditionem personæ utriusque, scilicet mulieris, et viri, peccatum viri est gravius, quia erat perfectior (Summ. Theol. loc. cit.)

(3) Earth trembled from her entrails, as again

In pangs: and Nature gave a second groan;

Shy lour'd, and muttering thunder, some sad drops

Wept at completing of the mortal sin

Original (Paradise Lost Book, IX).

alma; muerto ese poder del libre albedrío que imperaba á los sentidos y apetitos desarreglados; muerto ese santo candor, jamás ofendido por el calor de la sangre, y que en la armonía de las formas nada veía sino la casta belleza de la carne: «los ojos de los culpables se abrieron, y advirtiendo que se hallaban desnudos, se avergonzaron el uno del otro y se cubrieron. Y como oyesen la voz del Señor, que venía andando por el paraíso á la hora de la tarde, se escondieron entre los árboles para no ser vistos de él» (1). Poco antes salían á su encuentro; ahora los desdichados piensan que con huir evitarán su presencia. Vana esperanza. Una sola voz todopoderosa basta para traerlos ante su juez. «Adán, ¿dónde estás? dice el Señor.— Señor, responde Adán, oí vuestra voz en el paraíso, y temí, porque estoy desnudo.— ¿Quién te ha dicho que estabas desnudo, sino porque comiste del árbol del cual te había yo prohibido que comieras?» (2). Sed humilde, oh padre del género humano; que si arrepentido de corazón decís: Señor; he pecado, tened piedad de mí; puede ser que todo se remedie.—Pero no, él se excusa y se lanza como un loco en los brazos de la muerte. —La mujer que me habeis dado por compañera, dice él, me dió el fruto de ese árbol y comí. Y el Señor dirigiéndose á la mujer, la interpela: ¿Por qué has he-

(1) Et aperti sunt oculi amborum; cumque cognovissent se esse nudos, consuerunt folia ficus, et fecerunt sibi perizonata. Et cum audissent vocem Domini Dei deambulantis in paradiso ad auram post meridiem, abscondit se Adám et uxor ejus a facie domini Dei in medio ligni paradisi. (Genes. cap. III. 7. 8.)

(2) Vocavitque Dominus Deus Adam et dixit ei: Ubi es? Qui ait; vocem tuam audivi in paradiso; et timui eo quod nudus essem, et abscondi me. Cui dixit. Quis enim indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex ligno de quo praeceperam tibi ne comederes, comedisti? (Ibid. g. to. 11.)

cho eso?—La serpiente me engañó, responde ella, y comí» (1). Está bien: la causa está ins-truida; escuchemos ahora la sentencia. No es esta nueva: es aquel *morte morietis* que cae sobre la naturaleza humana y la despoja de sus privilegios.

Después de haber maldecido de nuevo al espíritu del mal bajo la figura de reptil que había tomado para seducir; después de haberlo encadenado á la materia que es el más grande suplicio de ese sér altivo; después de haberlo condenado á arrastrarse por la tierra donde nos prepara emboscadas y donde será hollado al duro golpe de nuestra libertad victoriosa (2), Dios se dirige á la mujer y la dice: «Multiplicaré tus calamidades y tus alumbramientos: darás tus hijos á luz con dolor, estarás bajo el poder del hombre y él te dominará» (3). Castas esperanzas de una maternidad sin mancha y sin padecimiento; dulce sociedad del hogar doméstico donde el amor crea la igualdad: todo se ha perdido. ¡Oh mujer! muy caro habrás de pagar la gloria de revivir en el fruto de tus entrañas y sólo por medio de amargas quejas podrás llegar á entonar este gozoso cántico: un hijo nos ha nacido. Tu amor poco há tan poderoso, ya no tendrá la misma fuerza de subyugar al dueño que Dios te ha dado. Los

(1) Dixitque Adam: Mulier quam dedisti mihi sociam dedit mihi de ligno, et comedi. Et dixit Dominus Deus ad mulierem: Quare hoc fecisti? Quae respondit: Serpens decepit me, et comedi. (Loc. cit.)

(2) Et ait Dominus ad serpentem: Quia fecisti hoc, maledictus es inter omnia animalia et bestias terrae: super pectus tuum gradieris et terram comedes cunctis diebus vitae tuae. Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum, et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. (Ibid. 14, 15.)

(3) Mulieri quoque dixit: Multiplicabo aerumnas tuas, et conceptus tuos; in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui. (Ibid. 16.)

primeros enajenamientos de la pasión lo lanzarán á tus piés; pero muy pronto verás reanimarse su altivez mezclada de esa debilidad, y por más que no llegue á ser el tirano del hogar, siempre sentirás en su misma benevolencia, la compasión del más fuerte y la autoridad del más grande. Muerto el vigor sobrenatural que no te prometía sino alumbramientos llenos de honor y de alegría; muerta la sobrehumana y victoriosa belleza ante la cual el compañero de tu vida abdicaba sus derechos de dominio: *Morte morieris.*

Tampoco tu marido será excusado. «Adán, le dice el Señor; porque has dado oídos á la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual yo te había prohibido que comieras, maldita será la tierra en que tú trabajes; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de la que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás» (1). Fertilizada la tierra con la bendición de Dios, nada negaba á su rey. A la vez que pagaba un tributo á la vida de los animales, multiplicaba para servicio del hombre sus más ricas producciones. Dios la maldice, y hé aquí, que sus entrañas se cierran y se vuelven avaras. El hombre se ve precisado á inclinarse y abrirlas para arrancar con el sudor de su frente el pan de cada día, y velar por que la simiente, de que espera vivir, no sea sofocada por plantas extrañas que hagan inútiles sus es-

(1) Adám vero dixit: quia audivisti vocem uxoris tuae, et comediti de ligno ex quo praeceperam tibi ne comederés, maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitae tuae. Spinas et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terrae. In sudore vultus tui rescisuris panem, donec revertaris in terram de qua sumptus es; quia pulvis es, et in pulverem reverteris. (Loc. cit. 18 y 19.)

fuerzos. El manda; pero todos los animales parece que leen en su frente el anatema de su pecado. Ya no tienen confianza en la autoridad de este rebelde, y en lugar de obedecer como antes al primer llamamiento de su voz, huyen amedrentados de su compañía y sólo á duras penas y con mil ardidés puede llegar á dominarlos. El trastorno de la naturaleza no es más que un eco del trastorno de su sér. El órden primitivo se ha revuelto en él completamente, y el polvo de que su carne había sido formada, rota la liga, tiende de nuevo á la descomposición. Muerta esa soberanía tranquila y pacífica, que sin lucha y sin violencia sometía todas las criaturas; muerta esa robusta é infatigable constitucion que jamás sentiría el peso del trabajo; muerta esa misteriosa virtud que aseguraba al rey de la creación la perpétua renovación de sus días, y hacia del cuerpo humano un edificio indestruible: *Morte morieris.*

¡Cuántas ruinas y despojos! ¡Ah! sin duda, Dios tendrá piedad de esos infelices á quienes tan severamente castiga, y antes de desaparecer, les dirigirá alguna palabra de consuelo. Mas no, al darles por limosna un vestido con que cubran su desnudez, se burla de ellos diciendo: «Hé aquí á Adán hecho ya como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, cuidemos no alargue quizá su mano y tome también del árbol de la vida; y coma, y viva para siempre.—Y echóle el Señor Dios del paraíso del deleite, para que labrase la tierra de la que fué tomado: y echádole fuera, delante del paraíso puso querubines, y espada que arrojaba llamas y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida» (1).

(1) Fecit quoque Dominus Deus Adam et uxori, ejus tunicas pellicae et induit eos et ait: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, sciens bonum et malum: nunc ergo ne forte mittit manum suam, et sumat etiam de ligno vitae

¡Ah! ¡Dios mio, vos sois demasiado cruel! ¡Herid, sí, que es vuestro derecho; pero no deshonreis vuestra justicia con el insulto!

No acostumbra la justicia de Dios insultar al pecador, sino con el fin de que recurra á su misericordia. San Agustin nos hace notar que las palabras de Dios dirigidas á nuestros primeros padres, no tanto eran una ironía cuanto una enseñanza, para que aprendiéramos á abatir y contener las arrogancias de nuestro orgullo. La previsora bondad de Dios muestra á los pecadores del porvenir este grande ejemplo de un hombre que, en lugar de conseguir la felicidad que su desarreglada ambicion anhelaba, pierde en su tentativa insensata todos los bienes que poseia (1).

Despues de este último aviso dado al género humano, el tribunal divino se levanta, el juez desaparece, y no quedan más que los condenados y el verdugo: los condenados, que marchan llorando por el camino de su destierro, sin atreverse á volver los ojos para decir adios á la patria de su inocencia y de su fortuna: el verdugo, siempre invisible y preparando en silencio el último golpe que hará sentir todo el rigor de la sentencia divina: *Morte morieris*. Adan y Eva lo han perdido todo: pero conservan todavía tal vigor en su jóven naturaleza,

et comedat et vivat in aeternum. Et emisit cum Dominus Deus de paradiso volopatis ut operaretur terram de qua sumptus est. Ejecitque Adam et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim et flammeum gladium atque versatilem ad custodiendam viam ligni vitae. (Genes. cap. III, 27, 22, 23, 24.)

(1) Verba haec Dei non tam sunt primis parentibus insultantis, quam caeteros ne ita superbiunt deterrentis, propter quos ista conscripta sunt quia scilicet non solum Adam non fuisset factus qualis fieri voluit, sed nec illud ad quod factus fuerat conservavit. (Angust. Lib. XI *De Genesi ad litteram*, cap. XXXIX.)

Cf. Summ. Theol. II^a II^a p. quaest. 164. *De parentis peccati primi hominis*. Totus quaest.

que aún no comprenden en toda su extension la grandeza del castigo. ¿Qué será la muerte? se preguntan ellos con inquietud y dolor. Observan con mirada triste la caída y segura de la hoja, que el viento se lleva: escuchan con espanto las quejas de los animales moribundos, y contemplan con miedo sus cuerpos sin movimiento. ¡Oh mi Señor! pregunta la mujer con voz conmovida, ¿es esto la muerte? Y Adan no sabe responder sino un *quité*. Mas pasado algun tiempo, el verdugo comienza esa universal carnicería que no concluirá sino con los siglos: Cain, acaba de matar á su hermano Abel. Cuando la madre del género humano ve á sus pies el cuerpo ensangrentado de su hijo querido, quédase helada de espanto y prorrumpe en gemidos y sollozos. Siéntase despues, y poniendo sobre sus rodillas el cadáver frio de su Abel, lo cubre de besos y le dice: hijo mio, yo soy tu madre, ¿no me oyes? Abre tus bellos ojos, mirame, respóndeme. ¡Dios mio! ya no ve, ya no habla, ya no respira, no siente, está frio... ¡Abel! ¡Abel!—La voz grave y temblorosa del padre, responde: Mujer, Dios lo habia dicho: hé ahí la muerte. Y juntos se pusieron á llorar por largo tiempo, y con sus lágrimas purificaron su pecado.

Lloremos con ellos, señores. Lloremos nuestros queridos muertos, y más que nada, lloremos el pecado que abrió á la muerte las puertas de este mundo. El olvido de estas dos cosas, la muerte y el pecado, es perjudicial á nuestra vida transitoria y de destierro. Cuando la terrible sentencia, *Morte morieris*, no resuena en nuestro corazon, nós vemos tentados á creer que no tendrán fin los dias de nuestra existencia, y nos esforzamos en reanimar los miserables restos de la antigua hermosura que adornaba nuestra naturaleza, para convertirla en Eden. ¡Esfuerzos sacrilegos! Ya no hay pa-

raiso para nosotros en esta tierra. Levantada está la espada del querubin sobre los palacios soberbios y sobre las ciudades voluptuosas, donde pretendemos fabricar la felicidad. Espada del querubin, es un ejército de bárbaros; espada del querubin, es la turba tumultuosa de plebeyos enfurecidos, que á su tiempo lanza Dios contra los Eden de la civilizacion. No esperemos su llegada para levantarnos del sueño de una culpable ilusion. A la luz de esta divina palabra, *Morte morieris*, busquemos más bien el paraíso en las altas y puras regiones de la eternidad.

CONFERENCIA XXVIII.

LA CAIDA EN LA HUMANIDAD.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

El jefe del género humano ha prevaricado; por su prevaricacion ha atraído la cólera de Dios, y ha perdido la justicia original en que habia sido criado. Todos los dones gratuitos que dimanaban de esta justicia, han desaparecido, y con ellos el imperio absoluto del alma sobre los apetitos de la carne, y la fuerza de resistir á la accion de las causas que obran en la descomposicion del cuerpo humano. Sólo han triunfado la ignorancia, la concupiscencia, el sufrimiento, la muerte y la vergonzosa servidumbre de la naturaleza bajo la férula del espíritu seductor. En una palabra, Adán ha caído.

¿Su caída es un hecho personal? No. El padre de los hombres arrastra consigo en la caída á toda su triste posteridad. No solamente nos trasmite el dolor y la muerte, sino que su pecado pasa á cada uno de los miembros de la hu-

(1) Mr. el Coadjutor, y Mr. Mermillo, obispo de Ginebra.